

Del talento

Inma López Silva

Cuando una mira la foto de Rubén Ruibal, tiene la sensación de que se trata de un buen tipo. Pone cara de chico duro, incluso de chaval de barrio que se ha puesto corbata para ir a un juicio, como podría hacer alguno de los personajes de *Limpeza de sangre*, la obra que ha merecido el *Premio Nacional de Literatura Dramática 2007*. Pero se trata solo de un gesto de actor; de actor joven, o de autor joven, de hombre de teatro, en definitiva, que, con sus 37 años, ya se ha codeado con lo mejor del teatro gallego y nos demuestra que la renovación generacional es posible. Sé que admira a Roberto Vidal Bolaño, en cuya compañía, Teatro do Aquí, Ruibal trabajó y fue incansable colaborador, al tiempo que creaba su propio grupo, Teatro Cachuzo, con el que estrenó sus primeras obras, *Fume* y *Eu nunca durmo*, firmadas bajo el pseudónimo (evidente) de Eric Cachuzo. Además, no hace mucho estrenó otros textos: *Traffic*, *Arroz mubi* y *Triunfadores*. También sé que a Rubén Ruibal le entra un rubor de admiración cuando a él, que ya es premio nacional de Literatura Dramática, lo comparamos con su maestro Vidal Bolaño, cuya gran cuenta pendiente es, sin duda, haber merecido siempre ese premio y haber muerto sin conseguirlo.

Supongo que la vida de Rubén Ruibal ya cambió un poco cuando en 2006 ganó el *Premio Álvaro Cunqueiro de Textos Teatrales*, uno de los más prestigiosos de Galicia, con esta misma *Limpeza de Sangue*, que, a pesar de todo, todavía no ha sido llevada a escena. No son gajes del oficio; son cosas que pasan en esta esquina del mundo cuya mayor efeméride, alardeando de pesimismo, viene a ser el naufragio negro de un petrolero. Son los pequeños desastres de la precariedad teatral que prolifera como los hongos en Galicia y que repercute directamente en los talentos de aquellos que quieren hacer teatro y no pueden; o no pueden bien. Esas desgracias no salen más que de refilón en las obras de Ruibal, que, aun así, no renuncia a relatarlas con ironía en su *blog*, un espacio cargado de su forma de ver el mundo. Se titula *Alicia crece* y en él demuestra que la vida, su vida, consiste en algo más que el mundo del teatro y que todo puede crecer y fascinar en el mundo interminable de internet.

Por la foto de Rubén, una ni se imagina que no tiene pelos en la lengua. Que dice las cosas sin censura, cosa que, en los tiempos que corren, no es poco. Cuenta en diversas contracapas y semblanzas que, cual jardín de Epicuro, se dedica a la horticultura a la galaica, o sea, en casa, mientras cuida a sus gemelos. No es amo de casa, dice en una entrevista concedi-

da a *La Voz de Galicia*, simplemente, y después de haber sido casi de todo (entrevistador del INE, empleado de biblioteca, vendedor), ha organizado bien el trabajo y, así, se dedica a escribir, por suerte para quienes gozamos de leerlo.

Cuando Ruibal habla a la prensa, cuenta mucho. Cuenta el subidón de que lo llame el ministro de Cultura para felicitarlo y, de paso, como quien no quiere la cosa, lanza dardos a quienes no le han facilitado que su obra consiga lo que todo drama persigue: verse en las tablas. Sin embargo, Ruibal es escéptico sobre la capacidad de un premio para dar visibilidad a un autor y, en general, al teatro gallego. Yo, por el contrario, no lo soy tanto. Puede que sea atípico el relativo silencio que rodeó en su momento a nuestro otro premio nacional de Literatura Dramática, Manuel Lourenzo, pero lo cierto es que ese galardón ha de catapultar a Ruibal al reconocimiento, en tierra ajena en primer lugar, y, probablemente, en su propio país, Galicia, como sucedió a Manuel Rivas o a Suso de Toro en narrativa. Está por ver eso de que nadie es profeta en su tierra, y el marchamo de un premio nacional ha de ser apetecible para cualquier compañía que no sea tonta, aunque sea a toro pasado, como sucede al Centro Dramático, que aprovechará finalmente el premio: el talento como escritor de Ruibal ya resonaba antes del *Nacional* por los pasillos del teatro público gallego y, a pesar de no haber convertido *Limpeza de sangre* en espectáculo, sí lo han invitado a participar en un experimento interesante: tres autores jóvenes dirigidos por un director también novel para el primer trimestre de 2008.

Un escritor no es nada sin su obra. Rubén Ruibal es hoy, para todos, *Limpeza de sangre*. Y viceversa. Es esa obra cargada de realismo sucio, de estructura cinematográfica que demuestra que el teatro dialoga con todas las artes, del humor y la ironía capaces de suavizar auténticas tragedias humanas, de vidas que se mueven entre el límite de la finitud, la ilegalidad, la muerte. Rubén Ruibal y *Limpeza de sangre* son «EL» teatro, pero también son literatura en estado puro; son ese hallazgo que siempre refresca y alegra: encontrar una obra que sirve para llevar a las tablas, pero que también sirve para leerse y fascinarnos con acotaciones que son novela, con personajes que parecen de relato y que, sin embargo, le acaen a la escena como una luz, una sensación, o el aroma del teatro cuando está vacío y se abre al talento de los autores que todavía podemos descubrir. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

